

# EL ÁRBOL QUE DESTAPÓ EL BOSQUE. SARS-COV-2, DEL NEGACIONISMO SISTÉMICO A LA VERDAD REVELADA



**Carlos Urquiaga**

Argentina

El 17 de noviembre de 2019 en la ciudad de Wuhan, provincia de Hubei en China, un hombre de 55 años se infectó del nuevo coronavirus denominado SARS-CoV-2 y sería el primer caso registrado en el mundo de esta enfermedad infecciosa. Para fines de diciembre del mismo año el gobierno chino reportaba 266 casos confirmados, de ahí en adelante todo fue un vertiginoso suceder de casos que se diseminaron a gran velocidad por el mundo. Para el 11 de marzo del 2020 el director general de la Organización Mundial de la Salud (OMS)



... A lo largo de las dos últimas semanas, el número de casos de COVID-19 fuera de China se ha multiplicado por 13, y el número de países afectados se ha triplicado. En estos momentos hay más de 118 000 casos en 114 países, y 4291 personas han perdido la vida... por estas razones, hemos llegado a la conclusión de que la COVID-19 puede considerarse una pandemia. (OMS, 2020, párr. 1)

Los primeros casos de pacientes cero en América Latina y el Caribe fueron detectados a comienzos del mes de marzo. Con la llegada del SARS-CoV-2 los gobiernos de la región pusieron en marcha medidas para frenar la propagación, algunos extremaron el cuidado de la salud por encima de cualquier otra consideración optando por la cuarentena y el confinamiento obligatorio de las personas. En otros casos se buscó limitar el impacto que esto ocasionaría en la economía y optaron por lo que el confinamiento opcional.

Transcurridos dos meses de aquellos primeros días de marzo, los resultados de las medidas exhiben diferencias en términos humanitarios y similitudes en los aspectos económicos. Los niveles de caída de las economías a nivel mundial no difieren demasiado entre los países que optaron por cuarentenas más duras respecto de los que tuvieron cuarentenas opcionales. En el caso de América Latina todas las economías en la región cayeron y según estimaciones de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal, 2020a), lo harán en un 5,2 % promedio durante el 2020. La diferencia se observa en el costo que significó en vidas humanas intentar sostener un nivel de actividad económica sin considerar los riesgos que esto significaba para las personas.

Hay costos en vidas humanas que son evitables, pero no se evitaron. Esto demuestra que el COVID-19 modificó muchas cosas excepto la mirada economicista del neoliberalismo financiero dominante, el virus no altera la ambición deshumanizada de las miserabilidades de siempre.

Las medidas que las naciones están llevando adelante para mitigar los efectos que la pandemia impone significan un esfuerzo cuya eficiencia dependerá de los recursos disponibles, la estrategia elegida, la implementación de cada uno de los planes y la oportunidad y duración de estos, entre otros aspectos relevantes.

Los costos de la crisis son altísimos. Los ministros de Hacienda del mundo revisan y ajustan sus presupuestos para atender las urgencias. A esta altura de los acontecimientos los desequilibrios fiscales son parte de una realidad ampliamente difundida. Las previsiones marcan un deterioro inevitable en las condiciones de vida para una parte importantísima de la población mundial. El sistema económico que debiera proveer de los recursos financieros necesarios está tan afectado como el sistema sanitario mundial.

En lo que refiere a Latinoamérica, la Cepal (2020b) estima que “la crisis este año provocará una caída del PBI regional del orden del 5,2%, la peor en toda su historia, solo comparables con la ‘Gran Depresión de 1930 (-5%) o más aún hasta 1914 (-4.9%)” (párr. 3).

La llegada del SARS-CoV-2 ha generado un desequilibrio sin precedentes cuyas consecuencias el mundo demorará años en revertir. Después de que los países europeos sintieran el impacto de la pandemia, la velocidad con que se propagó el virus no dio tiempo a “prepararse” de la mejor manera.

La realidad es que nadie puede decir que no estaba preparado para la pandemia, pues todos y cada uno de los países del mundo se alistaron durante muchísimos años para la enfermedad epidémica. Cuando se analizan los presupuestos dispuestos para atender la salud año tras año, el porcentaje del PBI destinado, los sueldos abonados a los profesionales de la salud durante los últimos veinte o treinta años, como también, la inversión en infraestructura hospitalaria, el equipamiento adquirido como camas para cuidados intensivos, respiradores, la capacitación permanente del personal, la construcción de redes de agentes multiplicadores de salud, los porcentajes del gasto destinado a la atención primaria, la educación sexual, los planes de vacunación y el esfuerzo empeñado en garantizar equidad en el acceso a la salud, sobre todo el aumento de la cobertura universal, uno puede entender a través de estos y otros indicadores, en qué forma los gobiernos fueron preparando a sus países durante estos años.

La Organización Panamericana de la Salud (OPS) recomienda una inversión del orden del 6% del PIB para “reducir las inequidades y aumentar la protección financiera en el marco del acceso y la cobertura universal” (p. 9). Durante el año 2018 el gasto público promedio de los países latinoamericanos fue alrededor del 2,2% del PBI regional. Nadie se prepara en unos meses para enfrentar una enfermedad y mucho menos una pandemia, cada país tiene la realidad sanitaria que construyó durante tiempo. Nos fuimos preparando durante años, sí, año tras año, nuestro estado sanitario actual es el resultado de las políticas que los sucesivos gobiernos llevaron adelante, una muestra acabada de cómo nos cuidaron quienes debían hacerlo. No se trata solo de recursos



económicos, aunque siempre aparece como la justificación, es claro que condiciona, pero no impide, se trata de decisiones políticas que deben pensar en cómo cuidar mejor la vida de las personas y atender su salud.

No hay presupuesto suficiente para salvar vidas cuando no se piensa en la gente, cuando la salud deja de ser un servicio social para todos y se transforma en una posibilidad para unos pocos, y negocio para algunos, la vida corre peligro, y sobre todo la de los que menos tienen. Lamentablemente Estados Unidos pareciera ser un ejemplo de cuán ineficiente puede ser un presupuesto destinado a la salud, cuando este no se traduce en un acceso universal. La nación del norte posee el mayor presupuesto per cápita del mundo destinado a la salud y lidera por lejos los índices de contagios y muertes como consecuencia de la pandemia.

En una nota, el Miami Herald reportaba:

Un hombre que regresó a Estados Unidos de China en febrero pasado se sintió resfriado y fue a una sala de emergencias en Miami ante el temor de haberse contagiado de coronavirus durante su viaje. Tras un par de análisis, los médicos le dieron la buena noticia: era solo un catarro común. Le recetaron algunos medicamentos para el malestar y lo mandaron a casa. Una carta que recibió un par de semanas después casi lo enferma de nuevo: le debía al hospital más de US\$3.000 por los gastos de las pruebas que le habían hecho. (BBC, 12 de marzo de 2020, párr. 1).

Seguramente este caso no sea el único, como una trágica paradoja el mismo sistema de salud estadounidense, uno de los más caros del mundo, podría estar contribuyendo de forma indirecta a una mayor expansión del COVID-19. Debemos entender que todos los esfuerzos de hoy pueden colaborar en salvar vidas y evitar que otros se enfermen, pero no modifican las deficiencias, inequidades estructurales, ni las injusticias sociales, solo mitigan los efectos de una crisis económica y social que hoy se expresa, pero se evidencia desde hace mucho tiempo, una realidad invisibilizada que padecen millones de personas en Latinoamérica y el mundo.

## POBREZA: LA PANDEMIA SILENCIOSA

Un informe del Banco Mundial prevé para fines de 2020 una caída promedio de la economía latinoamericana del orden de los 5,2%, como consecuencia del impacto de la pandemia. La Cepal estima que la pobreza en América Latina alcanzaría a fines de este año a 220 millones de personas, mientras que los pobres indigentes superarían los 82 millones de habitantes (ONU, 2020).

El deterioro social adquiere dimensiones que van mucho más allá de un desequilibrio económico producto de una pandemia, estamos ante la más profunda y difundida crisis humanitaria. Cuando llega el SARS-CoV-2 a América Latina, la región ya contaba con 186 millones de pobres y 67 millones de personas estaban en la indigencia. No nos enfrentamos a las consecuencias desgraciadas de una pandemia, la desgracia ya caminaba entre nosotros, no fue el COVID-19, fueron las políticas económicas las que excluyeron, invisibilizaron y marginaron a gran parte de la sociedad de las posibilidades de crecer y desarrollarse, de adquirir capacidades y de tener igualdad de oportunidades.

Esas políticas impuestas en favor de intereses concentrados, que acumularon riquezas en pocas manos, lo hicieron por imposición de patrones de acumulación cuya contrapartida son los patrones de restricción, estos que se constituyen en la génesis misma de la pobreza (Urquiaga, 2020). De acuerdo con Ernesto Gozzer: “La inequidad en general y la inequidad en el acceso a los servicios de salud contribuyen tanto a facilitar la transmisión de una epidemia como a aumentar el impacto negativo de la misma” (BBC, 23 de marzo de 2020, párr. 22).

La concentración nociva de riquezas y la proliferación de paraísos fiscales concurren entramados en el complejo socioeconómico global. En la actualidad más de la mitad de los activos bancarios y un tercio de la inversión extranjera directa de las empresas multinacionales se desvían a los paraísos fiscales.

Entre los factores que más deterioran o impactan de modo trascendental a las economías de las naciones menos desarrolladas se encuentran las maniobras de especulación financiera internacional, básicamente las de evasión o elusión fiscal por parte de las empresas, sumado a las fugas de capitales y los ataques especulativos a las monedas mediante corridas cambiarias. Todo esto conlleva a una crisis permanente con deterioro de las estructuras productivas de los países que se traduce en una dependencia crónica de financiamiento externo. Tarde o temprano se termina endeudando



a generaciones. Esa deuda significa una circularidad negativa de transferencias de recursos y pérdida de soberanía política producto de una dependencia gestada con un propósito que va más allá de la ganancia financiera que logra el capital central. Este cuadro se transforma en la llave que abre las puertas a una vinculación de dependencia externa, que con el tiempo impone planes de ajuste como una instancia obligada para acceder a los “rescates financieros” que provee el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Los costes para los países endeudados van desde una primarización de su matriz productiva, la privatización de la mayor parte de los servicios y un permanente achicamiento del Estado que deriva en desfinanciamiento de la salud, la baja de los presupuestos educativos, desinversión en ciencia y tecnología, aumento de la asistencia social combinado con una baja en la tributación a las grandes empresas y capitales en el propósito de atraer inversión. Cada metro cedido por el Estado en favor de garantizar las “expectativas” del mercado, requisito “indispensable” según los operadores de turno para ganar credibilidad y atraer inversiones, importa un deterioro creciente en los niveles de calidad de vida de la población, un derrame ascendente desde los que menos tienen y pueden, hacia aquellos que todo lo tienen y más pueden. Quizás el único derrame trágicamente cierto en esta historia de los nunca ocurridos derrames del capitalismo.

Para cumplir con tal propósito las prácticas económicas desarrollaron y complejizaron sofisticados mecanismos que les permiten alcanzar niveles de acumulación nunca vistos en la historia de la humanidad. Para ello proponen e imponen esquemas de ajustes y limitaciones a la intervención de los estados, otrora quizás la mayor y mejor contraparte con la que debía tensionar el mercado en su afán de maximización de utilidades y concentración nociva de capital.

Si bien esta acumulación no siempre infiere un accionar por fuera de la legalidad, lo cierto es que una parte importantísima de las riquezas que se producen y acumulan cada año, desfilan y se incorporan a través de los paraísos fiscales, proveedores de las siempre buscadas cuentas *off shore*, a la zona oscura de la economía mundial. Los estados soberanos parecieran perder paulatinamente la capacidad reguladora. El mercado actualiza de manera permanente y periódica los alcances permitidos para el ejercicio cada vez más libre de sus objetivos. Allí las prácticas tienden a ingresar en los sótanos de la legalidad, un limbo jurídico bien sostenido desde los usos y costumbres que ellos mismos establecen. Esa dinámica marca un corrimiento periódico de los límites que separan lo permitido de lo que no. El uso reiterado de estos instrumentos

cuasi legales ocurren bajo la mirada distraída o desinteresada de estados que lejos de corregir el problema, muchas veces pasa a ser parte del mismo.

Los niveles de acumulación en el mundo contrastan con los niveles de pobreza. Un informe del Global Wealth Report de Crédit Suisse, del año 2019, afirma que el 45 % de la riqueza mundial está en manos del 1 % más rico y que 4 de cada 10 de las personas más ricas del mundo viven en EE. UU. (La Vanguardia, 22 de octubre de 2019).

En América Latina y el Caribe el 10 % de la población concentra el 71 % de la riqueza (Oxfam y Cepal, 2016). Revertir estos procesos demanda decisión política, un claro y definitivo compromiso social en favor de construir una realidad más equitativa e inclusiva, pero ese esfuerzo tendría pocas posibilidades de concretarse y trascender sin un acompañamiento de la sociedad en su conjunto. Los intereses a los que se deben hacer frente son los que ostentan el poder real, aquellos que imponen agenda y controlan los principales eslabones de la economía, que no solo determina cuáles son los límites en la distribución de las riquezas, sino que además determina quiénes y cuánto pueden acumular.

Para tener un ejemplo del volumen e impacto que esta concentración implica, pensemos que, gravar con una tasa menor al 1 % a las fortunas del 1 % más rico de la población mundial, bastaría para dar empleo a las 192 millones de familias que en el año 2019 seguían sin ingresos y recorren día a día las calles rebajando pretensiones y teniendo como única respuesta una exigencia cada vez más extrema respecto de las capacidades demandadas para cubrir vacantes. Es decir, gravar esas fortunas significaría cambiar la vida de más de 672 millones de personas, pensemos que lamentablemente al final de la pandemia, según estimaciones de la Cepal, América Latina tendrá 220 millones de pobres, es decir, con un tercio de esos recursos se eliminaría la pobreza por ingresos en América Latina. Así de grande es el impacto de la concentración de la riqueza en tan pocas manos (Oxfam, 2020a).

## LA LLEGADA DEL COVID-19

Desde que las cuarentenas se sucedieron en todo el planeta, se paralizaron las actividades, se cerraron fronteras, aislaron ciudades y el mundo mantiene el nivel mínimo y esencial de servicios imprescindibles para la vida en sociedad.

La economía perdió centralidad a manos de los sistemas sanitarios del mundo, y los gobiernos debieron asumir la responsabilidad de administrar una crisis inédita. El mer-



cado desaparece de escena y los estados nacionales asumen la centralidad que nunca debieron abandonar. Haber permitido durante tanto tiempo el accionar nocivo de los paraísos fiscales y la acumulación de riquezas en pocas manos significó el deterioro de la calidad de vida de miles de millones de habitantes del planeta. Con el estallido de la crisis desapareció el mercado y los billones de dólares acumulados y escondidos en los “paraísos”.

Dar respuesta a la pobreza en medio de la crisis es un desafío que no debemos transitar con los mismos paradigmas, subjetividades y significancias con las que hasta hoy intentamos resolverla, porque difícilmente nos permita resultados muy distintos a los obtenidos. Diremos entonces que la pobreza no es la causa de los males que padece el pobre, es la consecuencia de esos males, no es la enfermedad, es la fiebre que denuncia una enfermedad. Combatir la pobreza como hasta hoy, vía asistencia social sin afectar o interrumpir los patrones de acumulación/restricción nos dejará la sensación “falsa del deber cumplido”, al mismo tiempo, la conciencia amarga de saber que las fuentes generadoras seguirán funcionando igual que siempre.

El SARS-CoV-2 se transformó para el mundo en el temido COVID-19, lo que siguió después fue la pandemia, la temida pandemia que derivó en la crisis... Para terminar con la crisis debemos eliminar el virus que inició todo.

La acumulación de riqueza en pocas manos (capitalismo neoliberal), se transformó en capitalismo financiero, lo que siguió después fue pobreza creciente... Para terminar con la pobreza debemos eliminar la acumulación de riqueza en pocas manos, el virus que inició todo.

Estamos en crisis, el sistema está en crisis, el mundo entero hoy habla de la crisis que todos coinciden atribuir a la pandemia, es curioso cómo cambian las cosas. Ojalá no existiera esta crisis, ojalá pudiéramos correr el tiempo atrás hasta aquellos días de noviembre del 2019, donde todo era normal, donde nadie pensaba en ninguna crisis. Sin embargo, allí las 2153 personas más ricas del mundo poseían la misma riqueza que el 60% de los habitantes del planeta (Oxfam, 2020b) y 734 millones de pobres veían morir de hambre a 6 millones de niños por año (Shaxson, 2019). En el mismo tiempo las grandes empresas evadían impuestos por 700 000 millones de dólares escondiéndolos en paraísos fiscales que ya concentran la mitad de los depósitos bancarios del mundo y un tercio de la inversión extranjera directa (Shaxson, 2019).

Eso era lo normal, y quedó expuesto, por una pandemia dispuesta a quemar libros de economía, y gritarle al capitalismo de la normalidad... “¡el rey está desnudo!”.



## REFERENCIAS

---

- Banco Mundial. (2020). *Pobreza. Panorama general*. <https://www.bancomundial.org/es/topic/poverty/overview>
- BBC. (12 de marzo de 2020). *Coronavirus: por qué EE. UU. está fracasando en la forma en que combate el Covid-19 y cómo deja en evidencia su sistema de salud*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-51840157>
- BBC. (23 de marzo de 2020). *Coronavirus: qué capacidad tienen realmente los países de América Latina para hacer frente a la epidemia de Covid-19*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-51916767>
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). (2020a). *Informe sobre el impacto económico en América Latina y el Caribe de la enfermedad por coronavirus (COVID-19)*. Cepal.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2020b). *América Latina y el Caribe ante la pandemia del COVID-19: efectos económicos y sociales*. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/45337-america-latina-caribe-la-pandemia-covid-19-efectos-economicos-sociales>
- La Vanguardia (22 de octubre de 2019). El 45% de la riqueza mundial está en manos del 1% más rico del planeta. <https://www.lavanguardia.com/economia/20191022/471129046510/riqueza-mundial-desequilibrio-estudio.html>
- ONU). (2020). *América Latina sufrirá la mayor recesión económica de su historia por el coronavirus*. <https://news.un.org/es/story/2020/04/1473192>
- Organización Panamericana de la Salud (OPS). *Estrategia para la cobertura universal de salud*. <https://www.paho.org/hq/dmdocuments/2014/CE154-12-s.pdf>
- Oxfam. (2020a). *Tiempos para el cuidado*. <https://oxfamilibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/620928/bp-time-to-care-inequality-200120-es.pdf>
- Oxfam. (2020b). *Los millonarios del mundo poseen más riqueza que 4600 millones de personas*. <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/los-millonarios-del-mundo-poseen-mas-riqueza-que-4600-millones-de-personas>
- Oxfam y Cepal. (2016). *Tributación para un crecimiento inclusivo*. Cepal.
- Shaxson, N. (2019). *Combatir los paraísos fiscales*. Finanzas y Desarrollo. <https://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/spa/2019/09/pdf/tackling-global-tax-havens-shaxon.pdf>
- Urquiaga, C. (2020). *Teoría de la restricción*. Tinta Libre.

